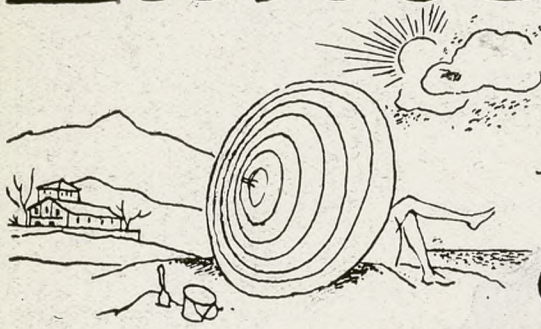


LA BELLA EASO



POR OTRO NOMBRE SAN SEBASTIÁN



Por ANTONIO DE OLASCOAGA

más bonita y atrayente excursión inventada por la mejor agencia de viajes a bordo de una gran piróscabo de lujo. Todo está a mano. Los comercios, los hoteles, los Bancos, los restaurantes, los cafés y hasta las playas, que, por su cerrado contorno, ofrecen a los bañistas

el apacible encanto de una piscina, suavemente batidas por las olas del mar Cantábrico, cuyas furiosas acometidas rara vez perturban las aguas sosegadas de la bahía de San Sebastián.

* * *

La fama ecuménica de San Sebastián, como ciudad resplandeciente y pulcra, viene de siglos. En las crónicas viajeras de los más curiosos observadores de todo el mundo se menciona su nombre desde antaño. Y siempre con fervientes elogios, que abarcan desde su perfecta configuración hasta sus acreditadas aficiones gastronómicas. Pero, verdaderamente, cuando San Sebastián entra en el rango universal de ciudad escogida para el turismo es a fines del siglo pasado. Entonces se produce su cabal y urgente ensanchamiento. Una egregia dama es la que con su acendrado amor a la ciudad se encarga de acrecentar personalmente los impulsos locales. Es la augusta Reina Doña María Cristina de Habsburgo, quien, enamorada del lugar, se encarga, afanosa, de proteger los proyectos que surgen sin fin de continuidad para ampliar y mejorar la capital guipuzcoana.

Con sus negros atavíos de viuda aparece por primera vez en el verano de 1887. Su hijo, el que había de ser más tarde Rey de España con el nombre de Alfonso XIII,

Hasta el mar llegan las colinas que circundan la ciudad, y, desde su altura, San Sebastián aparece limpia, fresca y cosmopolita.





Al pie de los bellos edificios, la playa, amplia y dorada, que traza una curva perfecta entre el mar y los "boulevares".

contaba a la sazón poco más de un año. Doña María Cristina se alberga en el palacio de Ayete, en lo alto de una colina, desde donde se divisa un panorama incomparable. Precisamente desde aquellos ventanales su esposo, Don Alfonso XII, presenció la liberación del cerco de San Sebastián, después de empeñadas batallas en los montes circundantes entre las tropas carlistas y alfonsinas, que habían de terminar en el histórico "abrazo de Vergara", con el que se iniciaba la etapa de la Restauración dinástica. Aquel palacio, perteneciente a los Duques de Casa-Valencia, fué durante varios años alojamiento de la Reina Madre, hasta que San Sebastián, en prueba de gratitud a tan benéfica protectora, le donó los terrenos, donde ella construyó el palacio de Miramar en uno de los lugares más privilegiados de la ciudad, al pie de la bahía de la Concha. Hoy, el palacio de Ayete es residencia veraniega del Jefe del Estado, el Generalísimo Franco, y el palacio de Miramar, que la Segunda República decretó su incautación, ha vuelto a ser propiedad de los herederos legítimos de Doña María Cristina.

* * *

Desde aquel verano de 1887 hasta hoy—poco más de sesenta años—, San Sebastián va creciendo. Pero su crecimiento es normal, como el de un chico sano y bien atendido. Casi todo lo que hoy ve el visitante en la ciudad pertenece a este periodo. Salvo, claro está, la famosa "parte vieja", el bien conservado casco de la primitiva ciudad, construido al socaire del monte del castillo de Santa Cruz de la Mota. Hoy este trozo de la ciudad es un barrio que, por su recio tipismo, ofrece la ternura del regazo maternal. En él, aparte las bellas construcciones de los viejos templos de Santa María y San Vicente y del convento de San Telmo—hoy interesante museo y biblioteca con valiosas joyas atesoradas—, se encuentran las principales sociedades *koshheras*, singular modalidad de clubs, donde los socios dedican sus preferencias a arte culinario y lírico, contabilizando personalmente su individual consumo mediante el pago directo a una olla o puchero que actúa de impávida "cajera". Este detalle, insólito en el mundo, revela la honestidad del carácter de los donostiarras y es la admiración de las gentes forasteras.

* * *

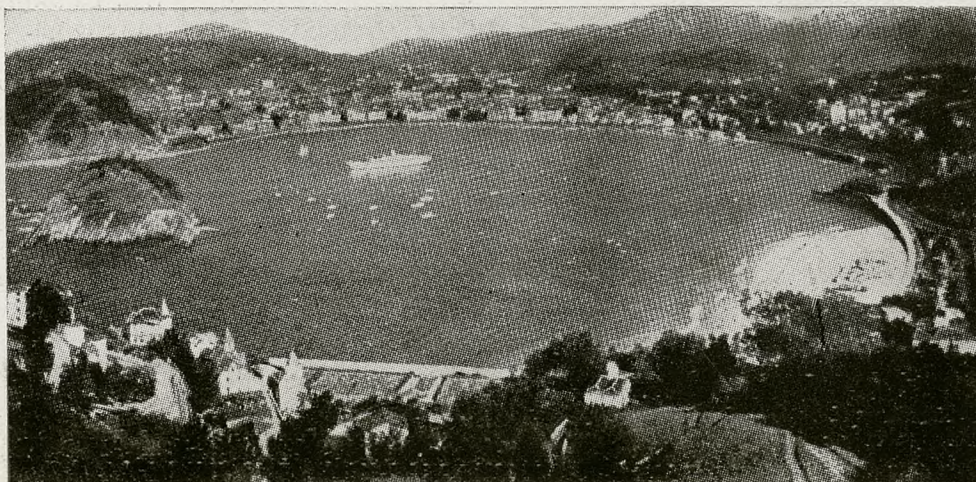
San Sebastián cuenta actualmente con una población, de hecho, de unos 110.000 habitantes. Pero en el verano el censo aumenta con la presencia diaria de unos 20.000 a 30.000 veraneantes, que constituyen su población flotante desde comienzos de julio a últimos de septiembre. Para ello se ha desarrollado un gran espíritu hostelero en toda la ciudad. Es decir, que, además de los ocho o diez hoteles de primera categoría, algunos de ellos verdaderos "palaces", como el "María Cristina", el "Continental" y el "Londres", se extiende por la capital la más amable y familiar hospitalidad, que acoge al forastero con entrañables afectos y que acaban muchas veces, al cabo de los años, en firmes vínculos de amistad y hasta de parentesco, con bodas que se conciertan entre huéspedes y familias de los "patrones". Confirman estas pintorescas observaciones, impregnadas de dulce romanticismo, las dotes comunicativas y sociales de la población donostiarra, que alejan la interpretación demasiado adusta y reconcentrada que se suele atribuir a los vascos...

Son también muchas las familias de los más diversos ámbitos de España que convergen en San Sebastián, donde bien poseen residencias propias o las alquilan para la temporada estival. De ahí la multiplicidad de "villas" y palacios que decoran el bello anfiteatro de la bahía, o forman elegantes conjuntos en las laderas de los montes de Igueldo y Ulía y en los aristocráticos barrios de Ondarreta y Ategorrieta.

* * *

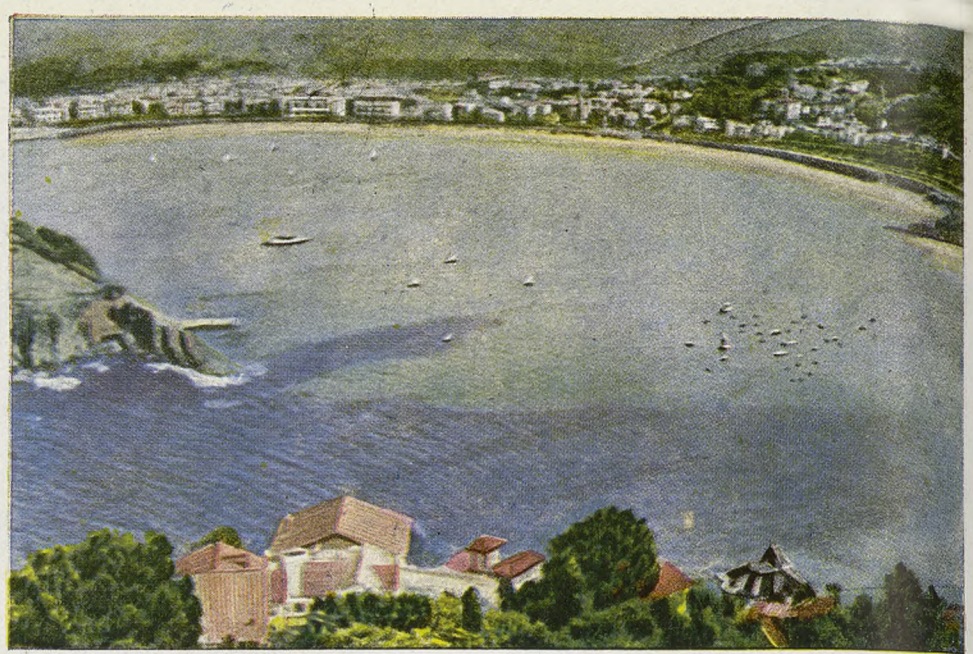
Lo que más gusta y atrae al forastero, sea nacional o extranjero, es el elevado tono social de San Sebastián. La población es elegante por propios y naturales designios. Su cosmopolitismo tiene una peculiaridad inconfundible. No es abigarrado ni estruendoso. Diríase que es una de las pocas ciudades donde la mejor lírica tiene su apoyo. La musicalidad acusa todas las más agradables gamas. Desde el rumor de las olas al morir en la playa o al estrellarse contra los muros de sus deliciosos paseos que bordean la costa, hasta el canto coral que surge de un oculto rincón, donde unas voces varoniles entonan viejas melodías vernáculas, cuando el yantar ha sido ya un rito gastronómico, y la sobremesa larga y pausadamente empapada en bebidas del país requiere la más normal de las expansiones y convivencias: unas canciones aprendidas de niño, con la ilusión de recoger una valiosa herencia de sus antepasados.

Vista panorámica de la bahía de San Sebastián, tomada desde el Monte Igueldo.





Y en la bahía, los blancos veleros mecidos por las olas que luego se quiebran en la playa.



Desde la altura del Igueldo o del Santa Clara, el mar, festoneado de espuma, es intensamente azul.



Las mujeres tienen una enorme personalidad. Finas, cuidadas, de rebotante salud, alcanzan por naturaleza una de las virtudes más preciadas: la de ser, ante todo, mujeres regentes del hogar. De ahí una palabra que las clasifica con verdadero acierto idiomático. *Echekoandre* es el vocablo. *Echekoandre*, traducido al idioma castellano, es "señora de la casa".

Las mujeres, pertenezcan a las esferas más elevadas o a las más modestas, se caracterizan por su buen gusto en el vestir. No son ostentosas. No rebullen las joyas ni las bisuterías en sus bien perfiladas figuras. Alguien quiere ver en ellas la influencia de las modas francesas, dada su proximidad a la frontera. Pero esta influencia, si es que efectivamente existe, aparece tan graciosamente tamizada y escogida, que adquiere en San Sebastián un originalísimo sello.

¿Los hombres? ¡También los hombres tienen vigorosa personalidad! A su laboriosidad y fino criterio se debe esta maravillosa concepción urbana. Intelectuales y cautelosos, agudos de ingenio y abiertos para la franqueza, responden a una magnífica talla espiritual. Lo mismo el artesano que el catalogado en las profesiones llamadas liberales. Por esta misma uniformidad, sin duda, se produce el raro fenómeno que es espejo admirable de una democracia pura. Unos y otros, aunque se muevan en distintas capas sociales, acaban sus quehaceres reuniéndose fraternalmente en una de esas típicas sociedades *koskheras*. La trágica lucha de clases, terrible azote surgido contra la humanidad, nunca se ha conocido en San Sebastián ni en la provincia como feroz revulsivo de pasiones cruentas. Y no se ha conocido, ciertamente por esta convivencia tan familiar, tan firmemente sostenida entre sus moradores.

Tan perfectamente es administrado este bello solar de España, que se da el caso raro de que no existan mendigos pululantes y entremetidos, como en otros lugares de la Península, y que constituyen, a la vez, un fuerte y angustiante tipismo. La mano implorante del pordiosero, que con lástima acucia los sentimientos del prójimo, no se ve extendida. Es otra mano la que aparece siempre a vuestro paso. La mano protectora del nativo que trata de ayudaros y de haceros grata vuestra estancia...

Hoy, San Sebastián es un verdadero remanso para la atormentada humanidad. A 25 kilómetros del Bidasoa, el río, que traza la línea fronteriza de los Pirineos occidentales, está, como quien dice, a un paso de Francia. Es, en efecto, la bella antesala que recibe al turista extranjero, ávido de conocer a la legendaria España, con una visión melodramática alcanzada por las más pintorescas fantasías literarias. La sorpresa del visitante es tremebunda. El contraste entre lo que él esperaba y lo que ven sus ojos es un excelente prólogo, que acaba también, por lo general, siendo anhelado epílogo de una excursión.

Miles y miles de turistas cruzan el puente internacional que une a Hendaya con Irún o por el puente de Behobia. Para muchos, el aeropuerto de Bayona los aproxima rápidamente a San Sebastián, donde, por su accidentada topografía, es difícil encontrar un terreno natural para el tráfico aéreo, y su construcción más o menos inmediata exige ardua intervención de la mano del hombre y de la máquina moderna. Para otros, el aeropuerto de Barajas es el enlace que los trae de Madrid, en lujosos trenes—los mejor atendidos de España—o por carretera, a San Sebastián, donde

En el pequeño muelle donostiarra atracan esbeltos bañadores que a veces lucen el color de cien banderas.

pueden tener la evidencia de que sus vacaciones no se cancelarán, malogradas por el pesimismo ni la incomfortabilidad.

* * *

San Sebastián prepara para el año próximo, para el 1950, grandes festejos, con motivo de que la ciudad cumple sus ochocientos años de edad o, mejor dicho, los ocho siglos de su existencia oficial y jurídica como entidad de población. Porque aunque no conste la data de un modo explícito y fehaciente, la mayoría de los historiadores, a de reserva nunca imposible descubrimiento que pudiera determinarla exactamente, coinciden en fijar en 1150 la fecha simbólica y convencional del otorgamiento del famoso Fuero de San Sebastián, dado a la villa por el rey de Navarra Don Sancho el Sabio. Discútase cuanto se quiera acerca de la existencia o no de un San Sebastián anterior a dicha fecha; dense por buenos, si se quiere, cuantos documentos hacen mención o referencia de un Izurzun o a un San Sebastián pretéritos; pero el documento básico es ese Fuero que se trata de conmemorar fastuosamente el venidero año.

Este Fuero de San Sebastián es uno de los más famosos en los anales de los fueros municipales de España, y particularmente del País Vasco. Por lo que a éste atañe concretamente, baste decir que es el primero y más importante de los fueros municipales otorgados a una villa guipuzcoana, extendido después a otras villas del litoral cantábrico, lo que hace de San Sebastián la ciudad más antigua y prócer de esa costa y la única fundada en ella por un rey navarro. Por otra parte, sus disposiciones son testimonio explícito del carácter e importancia marítimocomerciales de este rincón en tan remotos tiempos.

El Octavo Centenario será revalorizado con tres grandes exposiciones. Una, la Gran Exposición Industrial y Turística del País Vasco. Porque Guipúzcoa, que es la provincia más pequeña de las cincuenta en que se divide administrativamente España—¡es un verde y perfumado pañuelo!, dicen los poetas—, consta de una exuberante riqueza industrial, calculándose sólo sus instalaciones en unos 1.133 millones de pesetas, distribuidos en múltiples empresas. No se trata, pues, de una provincia eminentemente agrícola y turística. No. Precisamente lo que caracteriza a Guipúzcoa es la enorme variedad de sus fábricas y talleres, que con discretísima presencia esmaltan el jugoso paisaje de sus montañas y valles. En Guipúzcoa hay "de todo", dicen los que la conocen bien. Sus ancestrales fundiciones de artículos de hierro y acero; la fabricación de armas enraizada en la economía de la provincia, al datar del siglo XVI; sus industrias del damasquinado; sus fábricas de tejidos y de papel, y más recientemente sus máquinas de coser y sus bicicletas, de universal prestigio, ofrecen una amplísima catalogación de manufacturas para el anunciado certamen.

A la Exposición Industrial y Turística servirán de contraste y aliciente espectacular e histórico una Exposición Retrospectiva de Guipúzcoa y de San Sebastián, a lo largo de su historia, en todos o la mayor parte de sus aspectos, así como una Exposición del Gran San Sebastián del año 2000.

La organización del Centenario está en plena marcha. Los donostiarres, así llamados también sus habitantes, por llevar la capital guipuzcoana el nombre vasco de "Donosti"—corrupción lingüística, según algunos, de "Don Sebastián"—, o también conocidos, sobre todo a comienzos de siglo, por easonenses, por recibir la ciudad el nombre un tanto mítico de la Bella Easo, colaboran entusiásticamente para que la fisonomía de la ciudad aparezca el año que viene alegremente remozada y más hospitalaria que nunca.

En la playa se alienta la frescura del mar bajo la sombra de los toldos policromos.



Las mujeres y los niños, principalmente, disfrutan de la playa que ofrece sus limpias arenas al deporte y a los juegos infantiles.

